

# MUJERES Y ARTESANIA. POMAIRES: DE ALDEA CAMPESINA A PUEBLO ALFARERO

Pomaires aparece ante los ojos del visitante poco precavido como el paradigma de la aldea campesina. Las dos calles largas y polvorientas en torno a la cual se alinean casas y puestos de venta, los huertos y jardines, los restaurantes de comida típica, la chicha y las empanadas, las pailas y ollas de greda, son signos evidentes que contribuyen a crear la imagen de un poblado campesino donde el tiempo pareciera haberse detenido.

Sin embargo, algunos indicios de que la apariencia campesina enmascara una realidad más compleja y cambiante se detectan al acercarse a los puestos de venta de greda y observar la producción alfarera. Allí coexisten las ollas y pailas de greda rojiza con botellas gigantes de color morado o con ánforas que en su pintura imitan el mármol. En esta producción abigarrada se materializan las transformaciones sufridas por los habitantes del pueblo en las últimas décadas. Transformaciones que dan cuenta de múltiples y sucesivos desplazamientos y arrinconamientos: de la actividad agrícola masculina por cuenta propia al trabajo asalariado en fundos, de los trabajos permanentes en la agricultura a los estacionales, de la alfarería tradicional de las mujeres a la actividad alfarera masculina moderna, de los comerciantes de la calle principal a los productores de las calles secundarias.

En este artículo nos interesa analizar esas transformaciones, poniendo énfasis en los efectos que han tenido

sobre las mujeres de Pomaires. En el entendido que lo que hoy sucede en ese espacio es consecuencia de cambios más globales que han ocurrido en la región en la que se asienta el pueblo y que mutaciones similares se siguen produciendo en otros lugares, a partir de una mayor integración de los espacios regionales, alterando formas de vida de comunidades campesinas que combinan la agricultura con las labores artesanales.

## *La producción artesanal en el medio campesino*

En un pasado cercano Pomaires compartió algunas de las características de las aldeas artesanales campesinas, una de cuyas particularidades es la relación que establecen con su entorno. La recolección de frutos, de materias vegetales, de leña para combustible, la caza y la pesca, son actividades que se asocian y complementan con la actividad agrícola-ganadera en el marco de la economía campesina. La existencia de madera, de fibras vegetales o de minas de arcilla en las cercanías de los asentamientos o en la región permite desarrollar labores artesanales que en una primera etapa resuelven las necesidades de vestuario y utensilios del grupo familiar.

A medida que las economías campesinas van perdiendo su capacidad de autosostenerse debido a la penetra-

\* Antropóloga, investigadora del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM.

ción del capitalismo en el campo, las familias necesitan conseguir más ingresos adicionales en dinero para su subsistencia; éstos se obtienen a través del establecimiento de mayores vínculos con el mercado, ya sea por la incorporación de algunos miembros de la unidad doméstica al mercado de trabajo asalariado o por medio de la producción mercantil simple, como es el caso de la producción de artesanías.

La alternativa de la producción artesanal presenta la ventaja del aprovechamiento de la fuerza de trabajo familiar, especialmente en los períodos en que la demanda de mano de obra agrícola se reduce. Como la producción se realiza en el espacio doméstico con la ayuda de instrumentos simples elaborados por los propios miembros de la familia, la dirección y ejecución completa del proceso de trabajo está en manos del grupo familiar, lo que permite la apropiación total del resultado de la producción de las artesanías.

El desempeño de la actividad artesanal al interior de la unidad doméstica permite conservar la división del trabajo basada en el sexo y en la edad, aprovechando así las destrezas y las habilidades de los distintos integrantes del grupo familiar, diferenciadas y potenciadas por la socialización. Las tareas productivas son compartidas entre los diversos géneros y categorías de edad, variando entre ellos la responsabilidad y el tiempo dedicado a dichas labores. Las tareas reproductivas, por el contrario, recaen sobre las mujeres.

El proceso de formación de un artesano campesino se inicia en la infancia a partir de la observación de los adultos del grupo familiar, posteriormente se comienzan a realizar algunas labores específicas como ayudante del artesano principal. Cuando el aprendiz es capaz de realizar solo todas las fases del proceso de trabajo artesanal es considerado artesano.

La posibilidad de independizarse de la tutela de la artesana principal, en el caso de las mujeres, se da por el cambio de su estado civil y la instalación en una nueva residencia. La otra vía para convertirse en artesana principal, sin dejar el hogar original, se da cuando la edad de la artesana principal le impide realizar el proceso de trabajo completo y, por lo tanto, no está en condiciones de dirigir ni planificar. En este caso la artesana secundaria se hace cargo de la organización del trabajo familiar y la ex artesana principal, ahora

anciana, pasa a la categoría de ayudante que apoya en ciertas fases de la producción.

La sucesión de diferentes generaciones de campesinos en los oficios artesanales es un elemento que identifica a algunas familias y aldeas completas que se especializan en el trabajo de determinadas materias primas. Cada artesano es distinguible de otro y la producción alfarera de una aldea es diferenciable de las otras a partir de detalles estéticos que la hacen singular. Estos elementos identificatorios, transmitidos de padres a hijos, son celosamente guardados por la comunidad.

La especialización en un oficio artesanal es fuente de prestigio social, de ingresos económicos y de orgullo para el artesano, que siente que su trabajo es apreciado por los demás no sólo por su valor de uso concreto sino por determinados elementos que lo particularizan.

### *La alfareras tradicionales*

La presencia femenina en la actividad artesanal campesina es mayoritaria en cuanto a la cantidad de personas que la desempeñan. Sin embargo, debido a que la cultura asigna roles productivos diferenciados a hombres y mujeres la mujer participa sólo en algunos de los variados oficios artesanales que existen.

Las niñas aprenden las labores artesanales al interior del hogar junto a las otras tareas domésticas, como parte de su socialización. La actividad artesanal se realiza en el espacio doméstico y los productos elaborados sirven para cubrir necesidades de autoconsumo ligadas a los roles femeninos en relación al hogar y la reproducción (vestuario y alimentación). Sin embargo, la actividad artesanal puede transformarse de prolongación del rol doméstico de la mujer en oficio, cuando hay una especialización en el trabajo y el producto tiene una demanda externa, éste suele ser el caso de la alfarería. Como las minas de greda se localizan sólo en algunas zonas, existe la posibilidad de producir para intercambiar o vender, permitiendo que esta actividad no sólo sea oficio de determinadas mujeres, sino una especialización de aldeas completas, por ejemplo Pomaire, Quinchamalí, La Florida.

La organización del trabajo alfarero es responsabilidad de la artesana principal del grupo familiar, ella es la que decide sobre el abastecimiento de las materias primas y sobre los volúmenes de producción, en función de la demanda estimada de los productos. Ella distribuye también las tareas entre los diferentes miembros del grupo familiar, fija los precios y decide los canales de comercialización de los productos.

El proceso de producción alfarero sigue distintas fases, encadenadas y sucesivas, de tal modo que es necesario contar con una sola dirección para organizarlo. El trabajo de la alfarería se inicia con la *búsqueda de la materia prima*. El siguiente paso es *preparar la greda* para convertirla en una pasta susceptible de ser modelada, luego se humedece y se comienza a amasar con las manos o con los pies, de acuerdo a las costumbres locales o al volumen a amasar.

El *modelado* de la pieza es la fase que sigue una vez que la greda está amasada y libre de impurezas. Esta fase es esencial y allí se prueba la *pericia* de la artesana y su destreza manual para levantar el cerámico de manera uniforme y sin que se desmorone.

El paso siguiente es la *composición de la pieza*, es decir, ponerle asas u orejas y sacar la greda sobrante para que quede de una textura y grosor uniformes. Una vez alisada se la deja orear para que pierda humedad; en algunos casos se aplica un engobe ("colo"). Cuando la pieza está semiseca se realiza el *bruñido* o *lustrado* que permite abrillantar y suavizar la superficie del cerámico.

El grado de oficio de la artesana se mide en la selección y preparación de la materia prima y en el modelado de las piezas; la compostura y el bruñido son las fases de la labor artesanal que requieren de menos especialización. Para el lustrado se utiliza el trabajo familiar, especialmente de niñas y jóvenes.

La *cocción* tradicional de la greda se hace en pilas en el suelo, sin utilizar hornos. El tiempo de cocción total es de dos a tres horas, incluyendo la preparación de la pila. Esta labor es fundamental y muy delicada ya que si se falla se arriesga la pérdida de todo el trabajo anterior, por lo que se requiere de la pericia y práctica de una artesana probada.

Respecto a los tiempos y ritmos de producción, éstos son variables entre las distintas productoras y en las

diferentes estaciones del año. Inciden en estas variaciones las necesidades agrícolas y sus requerimientos de trabajo del grupo familiar, los momentos de mayor demanda de productos artesanales en el mercado, la cantidad de tareas domésticas de la mujer y la posibilidad de distribuirlas entre otras mujeres de la familia, el momento del ciclo vital en que se encuentra la alfarera y las necesidades familiares de contar con dinero.

Los ritmos de producción del trabajo alfarero tradicional son lentos debido a los rudimentarios instrumentos con que se cuenta y a las variaciones estacionales que condicionan la actividad. Hay así dos períodos diferenciables. Una temporada alta, que coincide con la primavera y el verano y con la mayor afluencia turística a las aldeas artesanales. La temporada baja es en el invierno; éste es el período más crítico para las alfareras, pues a la baja de la producción por el frío y la lluvia se agrega una reducción considerable de las ventas.

La humedad, la lluvia y el frío limitan el proceso de trabajo alfarero en sus diversas fases. En invierno es más difícil ir a la cantera a extraer greda, tampoco es posible amasar o modelar en la mañana temprano, pues, la greda está muy fría y hace daño a las manos. El tiempo de oreo de las piezas aumenta considerablemente debido a la humedad y al frío. La cocción también se dificulta, pues no es posible hacer las pilas sobre el suelo mojado y lluvioso y es necesario prolongar más tiempo este proceso hasta alcanzar la temperatura necesaria.

Sin embargo, las mujeres no se dejan avasallar por estas situaciones climáticas y buscan adaptarse a ellas introduciendo ciertos cambios en la producción. Así, en invierno, suelen producir piezas más pequeñas, más rápidas de modelar, que pueden secarse dentro del fogón y cocerse en un lugar techado y al reparo del viento; mientras tanto, la elaboración de piezas más grandes queda relegada a la primavera y al verano.

En la medida que la alfarera no puede desligarse del todo de las tareas domésticas debe combinar la actividad artesanal con otras labores, lo que le impide desarrollar su trabajo artesanal en horario continuo. Sin embargo, la coincidencia de labores productivas y reproductivas en el mismo espacio le permite completar varias horas de trabajo artesanal diario, de manera interrumpi-

da. Durante los meses de alta producción la mujer alfarera puede llegar a trabajar entre cinco y ocho horas diarias en la elaboración de artesanía, durante seis días a la semana.

Pese a la secuencialidad del trabajo alfarero, las mujeres logran sostener un ritmo continuo de trabajo a lo largo de la semana gracias a la superposición de actividades correspondientes a diversas fases de la actividad alfarera. Así, es posible, por ejemplo, amasar la greda temprano en la mañana, modelar y componer algunas piezas hacia mediodía; poner el engobe a piezas ya oreadas por la tarde y en la noche dedicarse a bruñir objetos casi terminados, y, al día siguiente, continuar las fases sucesivas del día precedente. Esta forma de trabajo evita que se produzcan atochamientos en algún punto de la producción.

La potenciación del tiempo disponible para la artesanía, entre la multiplicidad de tareas que son responsabilidad de la mujer, es mejor posibilitado por algunas actividades del proceso de trabajo alfarero, sobre todo en función del espacio en que se realizan. Las actividades desempeñadas en las diversas fases son susceptibles de ser realizadas en dos tipos de espacios complementarios: abiertos (como el patio) y semicerrados o cerrados (como el corredor o la cocina-comedor).

Los espacios abiertos sirven a las fases iniciales y terminales del trabajo: preparación de la greda, amasado y cocción; estos espacios exteriores impiden la realización simultánea de otras labores de las cuales es responsable la mujer. Las otras fases se desarrollan en los espacios cerrados y semicerrados. Cuando la casa-habitación es estrecha el modelado, compostura y engobe pueden hacerse en un espacio abierto techado, colindante con las habitaciones de la casa; de lo contrario, se realizarán en el "taller" de la artesana, ubicado dentro de la casa.

El "taller" de la artesana está constituido habitualmente por una mesa o mesón de madera en el que están las herramientas con que se ayuda. Esta mesa suele ubicarse en un rincón de la cocina-comedor o en un espacio intercomunicado con ella, de manera de permitir que la alfarera pueda producir artesanía mientras vigila la preparación de los alimentos o cuida a los niños pequeños. Cuando la casa de la alfarera está ubicada al costado del camino, su "taller" se orienta hacia el

exterior, para vigilar el paso de la gente y atender a posibles compradores.

En la época de primavera y verano, en que la temperatura ambiente es más cálida, el oreo de las piezas se hace en el exterior, en invierno las piezas se ponen a orear en el corredor techado, y si el tiempo es demasiado húmedo y frío, la loza se ubica cerca del fogón para que el calor despedido por éste las vaya secando poco a poco.

La cocción se realiza siempre fuera de la casa. Esto explica que las mujeres traten de cocer sólo una vez a la semana y en un día fijo, pues una vez iniciada la "cochura" no se la puede detener ni descuidar, lo que obliga a disponer de este tiempo de manera continua y exclusiva fuera de la vivienda. El bruñido o lustrado de las piezas se hace en la cocina-comedor y es la tarea que recluta mayor cantidad de personas de la familia.

La limitación espacial en que se desenvuelve la alfarera durante el proceso de trabajo se rompe en el momento de la venta de los productos. Si existe un mercado o feria cercana, la artesana se desplazará hasta allá para comercializar directamente su producción; si tal mercado no existe, recorrerá las cercanías llevándolos hasta algún comercio establecido, donde otro los venderá al público (1). La movilidad de la artesana que comercializa directamente es posible gracias a la presencia en la casa de otra mujer del grupo familiar que la reemplaza en las labores domésticas.

La planificación y organización del trabajo alfarero, el ser poseedora de un oficio sitúa a la mujer artesana en un lugar especial al interior del hogar y de la localidad. En tanto productora, dispone y administra la fuerza de trabajo de la familia para apoyar ciertas fases del proceso de producción. Determina qué, cuánto y cuándo producir; establece precios, asigna recompensas a los ayudantes y tiene autonomía económica pues dispone de dinero propio. Concentra información sobre el mundo exterior a través de la red de relaciones que establece en el mercado con personas ajenas al grupo familiar sustentadas y derivadas de su trabajo artesanal. En suma, es una mujer que tiene capacidad de decisión en la esfera de su oficio, que tiene ingresos económicos y relaciones sociales propias, lo que le da cierto poder al interior de su grupo familiar.

Estas ventajas intrafamiliares también se transfieren al espacio local o a la comunidad, ya que sus contactos, su prestigio, su movilidad y su relativa autonomía económica la ubican en un lugar privilegiado respecto a los otros, lo que es reconocido y usado por ellos. La artesana tiene así cierto *status* y cierto poder también en su comunidad, ya que actúa como nexo con el exterior.

La movilidad de las artesanas por los espacios locales buscando materia prima y el desplazamiento hacia otros puntos de la región a partir de la venta de sus productos amplía la territorialidad de las mujeres. Sus contactos comerciales, que son también relaciones sociales, rompen con el localismo y el enclaustramiento característico de otras mujeres campesinas, permitiéndoles establecer contactos con personas de otras clases sociales a partir de su actividad artesanal. La dicotomía casa/calle no opera en la artesana con oficio que comercializa directamente su producción.

Estas características de movilidad, prestigio, cierta autonomía y poder que muestran las alfareras son un patrimonio que poseen muchas de las mujeres que aún practican este oficio en las aldeas rurales de Quinchamalí, Pilén y La Florida, y, también, fue la herencia que recibieron de sus antecesoras las mujeres de Pomaire hasta unas décadas atrás.

### ***Pomaire: una aldea alfarera***

A 75 km de Santiago, en dirección hacia la costa, en un pequeño valle, se asienta la aldea de Pomaire. Antiguo pueblo de indios, cambiado de emplazamiento en más de una oportunidad, en sus alrededores abunda la arcilla rojiza que permitió una temprana especialización alfarera. Grandes tinajas para guardar vinos hechas por los hombres y loza utilitaria elaborada por mujeres fueron la producción característica de Melipilla, Pomaire y Chocalán, los centros alfareros más importantes de la zona central chilena en los siglos XVIII y XIX (2).

En la importancia de la actividad alfarera además de la facilidad de acceso a la materia prima debió influir de manera fundamental la ubicación privilegiada de estos pueblos en el contexto de la región. La equidistancia con dos de los mercados más importantes de la zona

central —la ciudad de Santiago y el puerto de Valparaíso— debió favorecer el desarrollo de la alfarería como una labor con mayores proyecciones que el autoconsumo.

Hacia fines del siglo XVIII la actividad alfarera realizada por mujeres de la zona llamó la atención de un viajero que iba de Santiago a Valparaíso, quien dejó constancia que "las mujeres unas tejen, otras hilan y otras hacen vasijas, para esto toman una pella de barro particular rojizo o búcaro, otras una tierra metálica con partículas de mica áureas, piritáneas o tal vez oro, la mojan, la amasan, le dan la forma que gustan, sin torno ni otro instrumento: la cuecen y queda hecha vasija" (3).

En el siglo XIX la vocación alfarera femenina del lugar es documentada por otra viajera (4), quien agrega que ya en 1822 esta producción se vendía a los turistas que pasaban por la zona. En 1853 hay evidencias sobre la mercantilización de la actividad a través de la salida de caravanas de carretas desde la aldea de Pomaire hacia el puerto de Valparaíso para comerciar loza (5).

Durante el siglo XX cobra importancia relativa la alfarería femenina debido al estrechamiento de las tierras campesinas por la presión de las haciendas circundantes: ya en las primeras décadas la aldea es reconocida como un centro alfarero especializado. De manera simultánea a la actividad artesanal femenina, los hombres de la zona se dedicaban a la agricultura de subsistencia en sus tierras; sin embargo, la actividad de los pequeños propietarios campesinos siempre estuvo amenazada por el cercamiento que practicaron primero las estancias de encomenderos y más tarde las haciendas y fundos.

Este proceso culmina a mediados del siglo XX, cuando las grandes haciendas rodeaban a la aldea de Pomaire por los cuatro costados. Hacia 1953, la mayor parte de las propiedades de los campesinos eran inferiores a una hectárea, lo que empujó a los hombres a buscar trabajo como asalariados en las haciendas y fundos vecinos (6). En esta época, si bien la alfarería femenina es importante (7), es una actividad que aporta ingresos complementarios a los generados por los hombres en la actividad agrícola, ya sea en la agricultura de subsistencia o en el trabajo asalariado.

Dos décadas después la situación se ha invertido significativamente, de 331 familias residentes, 275, es decir 83% de la población de la aldea, tenían como fuente principal de ingresos la alfarería. En 1972, 164 familias retenían tierras agrícolas que en conjunto sumaban 93,5 há, lo que da un promedio de 0,57 há por familia, equivalente al terreno que circunda la casa habitación (8).

La reforma agraria, impulsada entre 1964 y 1973, no logró revertir el proceso de proletarización masculina. La parcelación de tierras realizada a partir de la expropiación de las grandes haciendas provoca una desocupación masculina considerable, pues eran las haciendas y fundos más grandes los que contrataban a la mayor parte de la fuerza de trabajo agrícola permanente (9).

Después de 1976 se inicia en la zona la plantación de frutas para la exportación en predios de mediano tamaño. Ello tampoco permite absorber la fuerza de trabajo masculina, pues estas empresas requieren muy pocos trabajadores permanentes y trabajan fundamentalmente con personal contratado de manera temporal —la mayor parte mujeres— para la realización de actividades específicas, como corte y embalaje de la fruta.

La reducción de los trabajos agrícolas estables para los hombres de la aldea los obligó a una reorientación productiva desde la agricultura hacia la alfarería, transformándose ésta en una actividad de hombres y mujeres. Así, la década del 80 encuentra a Pomaire convertida en una aldea artesanal, cuya principal fuente de ingresos es la alfarería, ejecutada tanto por hombres como por mujeres, pero donde el protagonista del oficio ya no es femenino.

Para que este desplazamiento desde la agricultura a la alfarería fuera posible no eran suficientes las razones económicas vinculadas a la pérdida de los empleos agrícolas masculinos, era necesaria también la creación de nuevas condiciones que permitieran abrir la actividad alfarera a los hombres. En la medida que también existían obstáculos culturales que frenaban el ingreso masculino a la alfarería era necesario que se produjera alguna modificación a este nivel para poder romper con los roles productivos diferenciados asignados a hombres y mujeres en la socialización generérica.

En este sentido, las modificaciones tecnológicas que se introdujeron al proceso de producción alfarero con la incorporación de nuevas herramientas jugaron un papel de primera importancia en esta transformación, pues flexibilizaron la división sexual del trabajo existente en Pomaire hasta mediados del siglo XX, donde a los hombres se les asignaba roles productivos ligados a la agricultura y a las mujeres aquellos vinculados a la alfarería.

En realidad, los nuevos instrumentos incorporados a la producción, básicamente el torno y el horno, no son descubrimientos recientes; ya en el siglo XVII los jesuitas los habían incluido en el trabajo de sus obrajes. Sin embargo, su introducción, en el caso de Pomaire, constituye un factor de acompañamiento de la entrada de los hombres en la alfarería, cuya causa fundamental se encuentra en la modificación de la estructura de tenencia de la tierra y la pérdida de los trabajos estables masculinos en la agricultura, y en las posibilidades comerciales de la alfarería pomairina.

### *Los instrumentos del cambio*

A medida que las tierras agrícolas de los campesinos se iban reduciendo se fue haciendo cada vez más difícil vivir de la agricultura de subsistencia. Se hacía necesario, por lo tanto, aumentar los ingresos complementarios provenientes de la venta de artesanías y de la venta de fuerza de trabajo. Esta última solución fue la predominante mientras existieron haciendas y fundos cercanos capaces de absorber la mano de obra agrícola.

Sin embargo, cuando la reforma agraria modificó la estructura de tenencia de la tierra y con ello limitó la contratación de trabajadores permanentes en la agricultura, la única salida que quedó a los hombres de Pomaire fue la migración o la producción de artesanía. Para que esta actividad fuera adecuada a las expectativas de los productores era necesario aumentar la producción, para lo cual existían dos alternativas: o se aumentaban los tiempos de trabajo dedicados a la actividad alfarera o se aumentaba la productividad del trabajo.

La primera condición era difícil de cumplir en la medida en que el oficio era femenino y se practicaba simultá-

neamente con las tareas reproductivas de la mujer; a ello se agregaban las trabas culturales que limitaban la incorporación de los hombres. La segunda alternativa era posible si se modificaba el proceso de trabajo a través de la introducción de cambios tecnológicos capaces de reducir el tiempo necesario para producir determinada cantidad de piezas.

La primera innovación técnica en el proceso de trabajo alfarero pomairino se ubica entre la década del 30 y del 40, en que se pasa de la cocción de la loza en pilas a la cocción en hornos (10). Ya en 1953 el uso de la hornilla era generalizado y no existen evidencias de cocción en pilas (11).

La introducción temprana del horno coincide con el estrechamiento de las tierras agrícolas y el cercamiento de los cerros circundantes donde se recolectaba el combustible. Sin embargo, no constituye en sí una etapa de masculinización del trabajo, aunque su existencia es una condición del proceso posterior. El cambio en el sistema de cocción permitió una mayor implicación de los hombres en el trabajo alfarero, en la medida que fueron ellos quienes construyeron las hornillas y quienes tienden a cargarlas y mantenerlas funcionando, pues pueden disponer de lapsos de tiempo continuo mayores que las mujeres (la cocción en el horno implica una dedicación de cinco a ocho horas continuas, incluyendo la carga y encendido gradual) (12).

En el pasado, los hombres ayudaban a la alfarera a hacer las pilas (13), pero su calidad era la de ayudantes, pues era la mujer artesana la que organizaba la carga y controlaba las temperaturas y punto de cocción. Ahora, concomitante con el progreso de la participación masculina en esta fase del trabajo, el hombre va adquiriendo mayor experiencia y legitimidad para realizar globalmente la cocción sin la dirección de una mujer.

El segundo cambio técnico introducido es el torno a pedal. Este instrumento consiste en un disco plano que gira sobre un eje vertical y se impulsa con el movimiento de los pedales. Sirve para modelar piezas redondas de diferente tamaño, levantando más rápidamente la greda que en el sistema tradicional de unión de rodetes.

El torno ingresó a Pomaire entre los años 1955 y 1960 (14). Ya en 1972 de 275 familias que producían alfarería, 132 usaban torno, es decir, el 48% de los productio-

res (15). En la actualidad, de acuerdo a lo expresado por los habitantes del pueblo, sólo siete u ocho mujeres trabajan exclusivamente a mano. Todos los demás se ayudan con el torno o trabajan combinadamente levantando las piezas redondas con el torno y modelando a mano otras formas.

El uso del torno es probablemente la innovación tecnológica que provoca los cambios más drásticos en el proceso de trabajo alfarero y en la reasignación de los roles productivos. El torno compete con la pericia de la mejor alfarera en levantar piezas y tiene una productividad más alta. Mientras un artesano trabajando con torno puede producir hasta 3.000 piezas por mes en un período alto, una alfarera que trabaja a mano con el sistema tradicional de modelado produce en el mismo período entre 70 y 120 piezas.

La llegada del torno a Pomaire marca una nueva etapa en la actividad alfarera del pueblo. Con su introducción cae la barrera cultural que entrababa el ingreso de los hombres a un oficio considerado socialmente como femenino. Los hombres, que antes no podían trabajar modelando piezas sin ser considerados afeminados, con la llegada del torno obtienen el respaldo para ingresar a un oficio cuyo ejercicio les estaba vedado. El torno es manejado por un hombre —un maestro tornero— aun cuando puede ser propiedad de una mujer, quien contrata a un maestro para que le "corte" piezas. Los maestros son todos hombres (16).

La tercera innovación técnica es el molinillo de greda, que permite moler y amasar la greda dejándola lista para ser modelada. Esta máquina se introdujo en Pomaire después de 1972; hasta esa fecha la greda se obtenía ya sea del cerro La Cruz, al costado de la aldea o se compraba a comerciantes que la transportaban desde Valparaíso o San Antonio (17).

En 1982 existían tres molinillos de greda en Pomaire. Eran propiedad de tres hombres que abastecían al pueblo vendiéndola por carretilladas (18). Actualmente la mayor parte de los artesanos compra la greda amasada en el pueblo, pues al privatizarse el cerro La Cruz perdieron el acceso gratuito a la mina y sólo en contados casos se cuenta con pozos en la casa.

La introducción de cambios técnicos en Pomaire abarca entonces tres fases del proceso de trabajo alfarero tra-

dicional, eliminando una de ellas, la de extracción y preparación de la materia prima. Estas tres fases afectadas por las innovaciones constituyen partes esenciales del proceso, cuyo conocimiento y manejo otorgaba la calidad de artesana con oficio a la mujer que las ejecutaba. Es precisamente en estas tres fases donde las mujeres son reemplazadas por los hombres.

### ***El desplazamiento de las mujeres***

La innovación en las técnicas e instrumentos permitió que los hombres ingresaran en la actividad alfarera ejercida tradicionalmente por las mujeres. La habilidad para el manejo de las máquinas o herramientas más complejas, que se asocia habitualmente con un operador masculino, liberó las barreras que bloqueaban la incorporación de los hombres a la alfarería, otorgándoles por esa misma vía un *status* más alto.

A través de este mecanismo los hombres reemplazaron a las mujeres en una actividad que consideraban de *status* inferior, en tanto que femenina y manual y la llevaron a un nivel de consideración más elevada.

Las mujeres no son reemplazadas en todas las fases del proceso de trabajo sino en aquellas esenciales en que se introdujeron las innovaciones técnicas. Gran parte de ellas fueron relegadas a las tareas más rutinarias, menos calificadas y peor pagadas: composición de piezas, orejado y bruñido de las piezas "cortadas" por los torneros.

La intrusión de nuevos instrumentos implicó también una relocalización de la actividad productiva en las fases de modelado y cocción, lo que ha contribuido a consolidar el desplazamiento de las mujeres de la alfarería.

En el proceso de trabajo alfarero tradicional la mesataller se ubica al interior de la casa o en su exterior inmediato, en espacios que se utilizan para realizar otras actividades. En el actual proceso, en cambio, la presencia, el tamaño y la capacidad productiva del torno requieren de espacios más amplios para trabajar, lo que significa que hay que contar con un lugar específico para la localización del taller, ya sea en un cuarto conectado con las otras habitaciones de la casa o independiente del cuerpo de ésta. Si se trata de producir

piezas grandes el torno se ubica en espacios exteriores techados (especies de galpones).

Por otra parte, el costo del torno impide que todas las familias puedan ser propietarias de este instrumento. Por esto, para aquellos que no tienen torno es práctica habitual llevar la greda a los maestros torneros para que "corten" las piezas; esto implica desplazarse desde la casa-habitación hacia otro espacio y cargar las piezas en una carretilla, lo que requiere libertad de movimientos y fuerza para el transporte de la greda y de las piezas "cortadas". Libertad y fuerza que tienen más los hombres que las mujeres.

Los cambios técnicos habidos en el proceso de trabajo alfarero modificaron también los ritmos de producción, rompiendo la estacionalidad que caracterizaba a la forma de trabajo tradicional. Con los nuevos instrumentos fue posible superar las limitaciones climáticas: el molinillo hizo posible preparar la greda pese a las heladas invernales, la productividad del torno permite mantener un nivel de producción estable, aunque sean rigurosas las mañanas de invierno y el horno faculta la cocción aun cuando el día esté húmedo y lluvioso.

La estacionalidad productiva que hoy se observa en Pomaire es sustancialmente diferente a la del período anterior, ya no se marcan las diferencias de acuerdo al clima. La estacionalidad que determina ahora los ritmos de producción emana del mercado; el período alto es aquel en que hay mayor demanda y puede coincidir con cualquier estación del año, ya que depende de los canales de comercialización que maneja el productor y, por lo tanto, varía de un artesano a otro.

El uso del torno posibilitó el incremento de la producción al reducir el tiempo necesario para modelar una pieza. Pero, junto con ello, alteró los requerimientos de trabajo para las fases siguientes de compostura y de bruñido, las que al seguir realizándose manualmente obligan a aumentar la demanda de bruñidores. A diferencia del trabajo tradicional, en que la artesana planifica la producción de tal modo de no presionar los ritmos de trabajo de los familiares que cooperan, aquí el ritmo de trabajo de las mujeres que componen, orejan o bruñen se incrementa. Si las mujeres del grupo familiar no dan abasto, se contrata ayudantes a domicilio, pagados por pieza, para que ejecuten estas tareas. Las mujeres del grupo familiar se transforman así en mano

de obra prescindible e intercambiable. Las trabajadoras adquieren una calidad de marginales dentro de la producción en una fase no especializada, a la manera de los niños aprendices en la práctica tradicional.

Cuando no existe capacidad económica para pagar ayudantes y lustradoras ajenas al grupo doméstico, las mujeres y los niños de la familia deben trabajar una mayor cantidad de horas al día para aparejarse con la productividad del torno. En caso de planificar el levantado de piezas con tomo al ritmo de las posibilidades del trabajo familiar no remunerado, se libera tiempo de trabajo del tornero pero no de las mujeres dedicadas a la compostura y lustrado de las piezas.

Además de los cambios técnicos, una segunda condición necesaria para la reconversión masculina a la alfarería era que los productos tuvieran una buena inserción en el mercado y que existiera capacidad de expansión de éste de tal forma de permitir contar con ingresos relativamente estables.

Esta condición existía de antemano gracias a la ventajosa localización de la aldea a un kilómetro de la carretera que une Santiago con San Antonio, paso obligado por la ruta al litoral central durante muchos años. La temprana especialización y mercantilización de la actividad alfarera pomairina se explica en buena medida por este emplazamiento de la aldea y su facilidad de acceso a los mercados más importantes de la región.

Por los bajos precios de la producción artesanal y por su carácter utilitario, existió y existe un mercado popular amplio para el consumo de la loza. Este mercado ya había sido desarrollado en el pasado a través del transporte en carreta hacia Valparaíso y Lo Vásquez a través del trueque ("chaveleo") de la loza en el medio campesino. Existían asimismo intermediarios transportistas que compraban loza en Pomaire y que luego vendían en Santiago u otros lugares de la zona central.

Al ampliarse el turismo hacia las playas cercanas a Santiago, cuya carretera pasa por el costado de Pomaire, aumentaron las personas que, conociendo la especialidad del pueblo, entraban a comprar a los productores, lo que permitió acrecentar la venta de alfarería y transformar el pueblo en un paso obligado para el turista. Pronto surgieron puestos de venta de greda y restaurantes de comida típica, lo que produjo un gran

movimiento de gente e incrementó las ventas de alfarería, dando salida así a la creciente producción de loza originada en los cambios técnicos.

Todo esto implicó el desarrollo creciente de una diferenciación social entre las familias residentes, donde el lugar más alto lo ocupan los comerciantes de loza que tienen puesto de venta en la calle principal. La mayoría de ellos no son productores y los que lo son se consideran como tales por realizar una sola fase del trabajo. Muchos de ellos tienen hornillas, lo que les permite comprar a bajo precio la producción "verde" (piezas crudas) de los productores más pobres y agregarle valor con la cocción.

### ***Consolidación espacial de las transformaciones***

El pueblo de Pomaire tiene un espacio físico delimitado y una actividad productiva definida: la alfarería. Su antigua tradición, su cercanía a Santiago y su ubicación en la ruta hacia la costa han hecho de este lugar un típico centro de atracción desde hace varias décadas. La conformación de la aldea y de sus actividades ha sido afectada por la modalidad de atender a los turistas-compradores que vienen a ella. En torno a dos calles largas, cortadas por pequeñas callejuelas, se alinean los locales de venta y las casa-talleres de los alfareros.

Después del terremoto de 1985, que derrumbó la mayor parte de las casas del pueblo y desbarató su antigua conformación, se produjo una homogeneización de la construcción, consolidándose una segregación espacial que se insinuaba en los años anteriores. Desde la carretera se ingresa a Pomaire por una amplia alameda que a la entrada de la aldea se bifurca en dos calles que al interior del pueblo pasan a ser paralelas. La calle principal, por la cual se accede a la aldea, alberga, uno al lado del otro, a los diversos locales de venta de los comerciantes de greda. Esta es la calle del comercio y el turismo, donde además de vender productos alfareros se ubican los restaurantes de comida típica. En la calle paralela a la principal se encuentran los establecimientos cívicos que organizan la vida cotidiana del pueblo: la escuela, el teléfono, el correo y el retén de Carabineros, y allí se ubican las viviendas de los productores.

La accesibilidad espacial constituye entonces un factor importante de diferenciación socioeconómica. Es así como la calle secundaria y las transversales que la unen a la calle principal, albergan a un sector de segunda importancia en términos de su participación en el mercado de la artesanía, aun cuando es fundamental en la producción de ésta. Es posible, además, identificar una tercera categoría en los asentamientos ubicados en los cerros que bordean la aldea, éstos son bastante más precarios y recientes que los del centro de Pomaire.

En la calle secundaria y en las callejuelas transversales se encuentran en algunas de las casas-talleres de productores, espacios que acceden a la calle que han sido habilitados como local de venta; sin embargo, éstos tienen un carácter marginal con respecto a los que se encuentran en la calle principal; su oferta es limitada, los espacios inadecuados y el acceso para el turista resulta más difícil.

Actualmente, de acuerdo a los datos del censo realizado en 1992, la población del pueblo de Pomaire es de 3.111 personas que se asientan en 801 viviendas. Esta cifra presenta una ruptura con respecto a la tendencia histórica observada en Pomaire; en efecto, si se observa la evolución en el tiempo del número de viviendas, veremos que hay un aumento considerable de la cantidad de viviendas en el pueblo en los últimos 20 años.

Año	Viviendas	Habitantes
1940	177	913
1952	221	1.082
1960	262	1.366
1970	318	1.707
1992	801	3.111

Fuente: INE, Censos de Población.

De acuerdo a estos datos, el crecimiento por década alcanza un ritmo promedio de aproximadamente 21%, en principio, bastante homogéneo para cada período intercensal hasta el año 1970. Entre los años 70 y 92 el ritmo se acelera hasta alcanzar tasas de crecimiento interdecada ligeramente superiores al 50%.

Este fenómeno puede explicarse en que a partir de 1974 se puso en práctica la contrarreforma agraria, que desató un proceso de descampesinización creciente, lo que, sumado al retiro del apoyo estatal a los sectores de pequeña propiedad y minifundio rural provocó una significativa migración, actuando Pomaire como un pequeño polo de atracción de campesinos expulsados de sus tierras en zonas aledañas al pueblo. Ello era posible en la medida en que Pomaire contaba con una actividad productiva bien situada en el mercado turístico-artesanal.

### *La nueva organización del trabajo y la diferenciación social*

Actualmente la actividad alfarera de Pomaire está completamente integrada al mercado y a merced de él. Allí se obtienen las materias primas y los combustibles necesarios para producir, hacia él se destina todo lo elaborado y de él se obtienen los medios de vida y de producción. Sin embargo, al interior del pueblo y de las propias familias coexisten diferentes grados y formas de integración al mercado.

La diferenciación social que se produce en relación a la actividad alfarera permite establecer tipologías de productores, utilizando criterios como el grado de conocimiento y práctica del oficio, la propiedad o no de los medios de producción y la composición del grupo familiar (sobre todo en lo referente a sexo y edad).

En un extremo se encuentran las viejas artesanas, que no pasan del 5% de la población alfarera, todas ellas mayores de 67 años, que trabajan a la manera tradicional. Recurren al mercado para abastecerse de materia prima cuando carecen de pozos propios, pero siguen manteniendo el control del proceso de trabajo completo y apelan a la cooperación familiar para determinadas actividades. Venden directamente al público, ya sea en sus casas o en ferias artesanales. Logran subsistir y vender sus productos gracias a la existencia de un segmento de consumidores exigentes que prefieren pagar más por un producto hecho a mano. Por otro lado, su conocimiento del oficio les permite diversificar su oferta trabajando piezas utilitarias de formas ovales, cuadradas o rectangulares que el torno no puede levantar, o bien a través de la elaboración de

piezas ornamentales que requieren mayor pericia y habilidad.

En el extremo opuesto se encuentra el taller artesanal, cuyo propietario cuenta con cierto capital de operación y con medios de producción, suele tener uno o dos tornos y una o dos hornillas; generalmente el dueño de este taller es un comerciante –hombre o mujer– con puesto de venta establecido en la calle principal. En el taller trabajan uno o dos ayudantes hombres que cargan las hornillas y ayudan a componer y a orejar, son pagados al día y permanecen en el taller toda la jornada. Para cortar las piezas se contrata a maestros tomeros, a los cuales se les paga por unidad. El bruñido lo realizan hombres o mujeres que trabajan en el taller o en sus propios domicilios, a ellos también se les paga por pieza.

Entre estos dos extremos se verifica una variedad de situaciones intermedias, donde se combinan elementos del quehacer alfarero tradicional con nuevas prácticas. Existen diferentes categorías de artesanos de acuerdo a su mayor o menor conocimiento y ejercicio de los procesos de trabajo y en relación al acceso a los medios de producción.

Si bien las combinaciones posibles son múltiples y varían de una familia a la otra, los casos de artesanos más recurrentes en relación al conocimiento del proceso de trabajo podrían resumirse en las siguientes situaciones:

- Los artesanos que, conociendo el proceso de trabajo en su totalidad, realizan las diversas fases de éste, ya sea de la manera tradicional o incorporando el torno para levantar las piezas.
- Los artesanos que ejecutan todas las fases del proceso de producción alfarero, excepto la cocción.
- Familias de artesanos que conocen y practican sólo algunas fases del proceso de trabajo: componen, bruñen y cuecen.
- Los artesanos o las artesanas que sólo se especializan en una fase del proceso de producción, tal es el caso de los bruñidores o de los maestros tomeros.

Este intento de clasificación corresponde a artesanos individuales y no es posible extenderlo a unidades familiares, ya que al interior de éstas existe una diversidad de combinaciones posibles, derivadas de la compo-

sición del grupo familiar en cuanto a sexo y edad y de la propiedad de los medios de producción.

Sin embargo, a nivel familiar es posible encontrar los tipos más puros en ambos extremos, es decir, en las familias que conocen y practican las diversas fases del proceso de trabajo y aquellas que sólo trabajan en la fase del bruñido. El bruñido tiende a ser la especialidad de grupos familiares que carecen de medios de producción, con integrantes de diversas edades y predominio de mujeres.

Los artesanos conocedores de todas las fases del proceso de trabajo y que las practican suelen pertenecer a grupos familiares que cuentan con los medios de producción y que practican una división del trabajo entre hombres y mujeres. El o los hombres (jefe de hogar) manejan el torno y la hornilla, mientras que la mujer –esposa, hermana o madre del jefe de hogar– practica la actividad al estilo tradicional durante parte del tiempo y el resto lo dedica a componer y bruñir las piezas que el hombre “corta”.

Dentro de esta situación hay también variaciones de una familia a la otra, en dependencia de la cantidad de personas con que cuentan y sus edades. Así, es posible que en una familia pequeña, o donde hay niños muy chicos se deba recurrir al pago de bruñidores a destajo para poder terminar la producción familiar.

En grupos familiares donde el jefe de hogar es una mujer, y existe más de una artesana, siendo la edad media de ellas superior a los 55 años, se trabaja al estilo tradicional, pudiendo darse una división del trabajo entre mujeres, con especializaciones en determinadas piezas, de forma de diversificar la oferta.

En el caso de artesanas jefas de hogar menores de cincuenta años es posible encontrar a algunas de ellas que conociendo todas las fases del oficio tradicional y siendo propietarias de torno y hornilla (que son manejadas por un hijo o por un cortador o ayudante asalariado), dirigen y organizan ambos tipos de producción –la tradicional y la moderna– aun cuando la mujer sólo practique la actividad tradicional y componga y bruña las piezas “cortadas” con el torno.

A este respecto es interesante destacar que estas mujeres son las más cercanas herederas de las antiguas alfareras de Pomaire, por su capacidad de dirección,

control y gestión de los procesos de producción alfarera. Llama la atención que, pese a sintetizar ambas formas de la producción alfarera, estas mujeres disocian lo tradicional y lo moderno, ya que para la fase de bruñido de piezas hechas manualmente recurren a la cooperación familiar de otra mujer y sólo contratan asalariados (hombres) cuando se trata de producir de la manera más moderna.

Las artesanas que practican todas las tareas del trabajo alfarero, excepto la cocción, pertenecen a grupos familiares que carecen de los medios de producción y, por lo tanto, trabajan al estilo tradicional. La composición familiar en estos casos es heterogénea en términos de edad y sexo, aun cuando hombres y mujeres practiquen el modelado, compostura y bruñido de piezas. Los hombres hacen piezas más grandes y las mujeres piezas utilitarias de mediano y pequeño tamaño; los niños ayudan en la fase del bruñido.

Las combinaciones más heterogéneas a nivel familiar se encuentran entre los artesanos que practican sólo tres fases del proceso de trabajo. Se trata de grupos familiares que carecen de los medios de producción y entre ellos es posible distinguir las situaciones más desmedradas de las mujeres respecto a los hombres. Los hombres suelen jugar el rol de intermediarios hacia afuera, comprando la materia prima, mandando a cortar; su trabajo consiste en cocer en homillas prestadas por parientes o vecinos, vendiendo las piezas terminadas. Entretanto las mujeres se hacen cargo de la compostura de piezas y el bruñido, tareas rutinarias y fragmentarias, sin posibilidad de creación y no remuneradas. Eventualmente, en épocas de mayor demanda y cuando el grupo familiar no tiene hijos que ayuden en la fase del bruñido, el hombre encargado de organizar el trabajo contrata bruñidores a destajo. Las familias que se encuentran en esta situación suelen estar conformadas por una pareja en que uno de los cónyuges es originario de Pomaire y el otro es de afuera.

Las diferentes alternativas planteadas muestran los grados de diferenciación social que se han ido produciendo en Pomaire a partir de una mayor integración al mercado y de la fragmentación del proceso de trabajo alfarero en diferentes actores. Las grandes perdedoras en todo este proceso han sido las mujeres, especialmente las más pobres, que en menos de tres décadas

han sido desplazadas desde el rol de protagonistas de la actividad a meras productoras marginales o fuerza de trabajo auxiliar mal remunerada.

En la actualidad, la posición de la mujer alfarera de Pomaire es muy desfavorecida respecto al pasado cercano. El prestigio y el poder que tenían en tanto conocedoras del oficio ya no cuenta, excepto para algunas artesanas antiguas. Los secretos de un buen amasado de la greda, la habilidad para modelar y componer las piezas, el buen ojo para determinar cuándo las piezas están cocidas, el manejo de las relaciones de mercado, la movilidad, la concentración de información y la función de intermediación con los de afuera del pueblo, han perdido valor y no inciden, por lo tanto, en el *status* de la mujer dentro de la comunidad. Hoy día el *status* más alto es el de los comerciantes y dueños de talleres artesanales que cuentan con capital para contratar asalariados.

Es cierto que entre los dueños de talleres también hay varias mujeres, que organizan y planifican el trabajo, participan en alguna fase del proceso de producción, contratan trabajadores y venden al público. Sin embargo, estas excepciones no logran equilibrar las pérdidas que como conjunto sufrieron las alfareras de Pomaire por la mayor vinculación de la aldea al mercado y por la introducción de nuevas técnicas que permitieron el ingreso masculino a la actividad.

La redefinición de roles productivos que se origina por efecto de la reorientación productiva de los hombres a la alfarería tiene también consecuencias en la esfera doméstica, donde la subdivisión de las tareas que antes se hacía entre las mujeres de distinta edad ya no es posible. Las mujeres jóvenes, si no migran, deben salir a trabajar en los talleres del pueblo, no estando en capacidad de reemplazar a la mujer adulta responsable de las tareas reproductivas. Sobre esta última recaen las tareas domésticas y artesanales, prolongando e intensificando su jornada de trabajo, sin remuneración si se trata de trabajo para la familia, mal remunerada si lo hace como trabajo a domicilio para un taller.

Otra consecuencia para las mujeres es la pérdida del control del dinero, que era fuente de autonomía y poder. Al ocupar el hombre un rol importante en el modelado y la cocción de las piezas, tiende a ser él quien planifica

la producción y define los precios. Por lo tanto, es él también quien tiende a transar los productos con los comerciantes o intermediarios y quien se apropia del producto del trabajo familiar, esta situación se da en mayor medida en los grupos familiares más pobres y cuando el jefe de familia tiene torno y horno propios y la mujer trabaja como componedora o bruñidora.

En los casos en que los grupos familiares carecen de los medios de producción y ya sea que venden "en verde" lo producido manualmente o se dedican sólo a bruñir, la situación es difícil tanto para los hombres como para las mujeres, pues se trata de trabajadores a domicilio mal remunerados.

La instalación de puestos de venta en Pomaire y el control que ejercen los comerciantes sobre los productores más pobres implica también una pérdida de movilidad femenina, pues trabajando a domicilio y teniendo la producción comprometida con un comerciante o intermediario no hay razón socialmente válida para que las mujeres salgan de la casa. Así, las mujeres deben agregar al relegamiento del protagonismo en la alfarería el confinamiento en el pueblo y en la casa. Actualmente son los comerciantes —hombres y mujeres— quienes se desplazan desde la localidad hacia mercados urbanos de diversas regiones y usufructúan del prestigio que con sus manos ganaron pacientemente las alfareras tradicionales para su aldea.

N O T A S

- (1) Para el caso de Pomaire, Cfr. Valdés X. y P. Matta, 1986. Para Quinchamalí, Cfr. Taller de Acción Cultural, 1987.
- (2) Pereira Salas, E., 1965, p. 306.
- (3) *Ibid.*, p. 306.
- (4) Graham, María, 1972, pp. 185-186.
- (5) Cfr. Valdés, X. y P. Matta, 1986, p. 33 y Valenzuela, B., 1955, p. 14.
- (6) Borde y Góngora, 1956, p. 180.
- (7) En 1953 el 95% de las mujeres de la aldea se dedicaban a la alfarería. Cfr. Vera, R., 1953, p. 74.
- (8) Pérez, A., 1972, p. 43.
- (9) Valdés, X. y P. Matta, 1986, p. 47.
- (10) El horno que se utiliza en Pomaire es bastante rústico, su forma es cilíndrica y está construido con ladrillos recubiertos con barro y paja.
- (11) Vera, R., *op. cit.*, p. 74.
- (12) Cuando el horno ya está cargado se cierra y la temperatura se gradúa de menor a mayor para no romper las piezas; primero se quema basura y una vez que el horno está temperado se introduce la leña y se aplica fuego fuerte. El proceso de cocción dura entre siete y ocho horas, si se considera la carga y encendido gradual del horno.
- (13) Valdés, X. y P. Matta, 1986, p. 87.
- (14) Cfr. Vera, R. *op. cit.* y Valenzuela, B., *op. cit.*
- (15) Pérez, A., *op. cit.*, p. 44.
- (16) Hasta hace dos años existía en Pomaire una sola mujer que ocasionalmente operaba un torno.
- (17) Pérez, A., *op. cit.*, p. 44.
- (18) Valdés, X. y P. Matta, *op. cit.*, p. 123.

B I B L I O G R A F I A

**Borde, Jean y Mario Góngora** (1956): *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*, Ed. Universitaria, Santiago.

**Graham, María** (1972): *Diario de mi residencia en Chile*, Ed. Francisco de Aguirre, Buenos Aires.

**Pereira Salas, Eugenio** (1965): *Historia del arte en el Reino de Chile*, Santiago.

**Pérez, Amelia** (1972): *Artesanía y desarrollo: un plan para la comunidad de Pomaire*, Tesis de Grado, Universidad de Chile, Santiago.

**Taller de Acción Cultural (TAC)** (1987): *Quinchamalí, un pueblo donde la tierra habla*, Santiago.

**Valdés, Ximena y Paulina Matta** (1986): *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire*, Ed. Pehuén/CEM, Santiago.

**Valenzuela, Bernardo** (1955): *La cerámica folklórica de Pomaire*, Universidad de Chile, Museo Histórico Nacional, Santiago.

**Vera, Raquel** (1953): *Cerámica de las Monjas, Pomaire y Talagante*, Tesis de Grado, Universidad de Chile.